



SIR ARTHUR

(Conclusion.)

III

Yo habia llegado un dia despues que Eulalia. La presentacion, pues, se habia realizado, pero el fuego no se habia roto aun.

—Y donde está su sobrina? pregunté á la baronesa en mi diálogo de la puerta del hotel.

—Se está arreglando unos trages.

—¿Conoce ya la conspiracion?

—No, ni creo que deba conocerla. Lo mejor es empujar al uno y al otro para que se acerquen, y rodearlos despues á los dos para que no tengan mas remedio que convencerse de que están muy enamorados el uno del otro, *et voila tout*.

No pude menos de reirme de la travesura y el ingenio que semejante extravagancia revelaba.

Aquella noche debía empezar el ataque por guerrillas.

Cuando entraron la baronesa y Eulalia en el *parlour*, ya estaba allí Sir Arthur.

Cambiáronse los saludos, se habló de la temperatura, que comenzaba á refrescar, se refirieron y comentaron varias anécdotas de circunstancias, y la baronesa, ya impaciente, exclamó:

—Voy á tocar un vals para que lo bailen ustedes.

Cada cual sacó una pareja y solo quedaron sentados los señores graves, Eulalia y Sir Arthur.

Se comprende bien la conspiracion. El distinguido hijo de San Jorge vaciló un momento, se puso muy encendido y se levantó al fin, dirigiéndose á la jóven.

—*To make á turn, please?*

—No comprendo...

—Si usted quiere bailar conmigo

—Ah, con mucho gusto!

Eulalia bailó cuanto pudo, por desquitarse de sus abstenciones toledanas. Sir Arthur quedó encantado de aquella muger, que no le habia dicho ni una sola palabra.

Despues se fué haciendo una combinacion de *casualidades* para que los *victimas*, que ocupaban sus respectivos asientos el uno frente al otro, estuviesen juntos, y cuando se consiguió este resultado, se dió por terminado el movimiento para *sugetarlos*, y se les dejó hablar.

Como, al parecer, nadie se ocupaba de ellos, y ambos eran interesantes, concluyeron por pegar la hebra y charlar superabundantemente.

A las once se levantó la sesion. Al despedirse de Sir Arthur, le dijo la baronesa en inglés:

—Amigo mio, le felicito á usted y me felicito á mí misma. Pero no hay que darse tanta prisa.....

—Señora, no comprendo á usted!

—Vamos, hombre, apenas ha llegado y... Vaya, adios, voy muy contenta, muy contenta!...

—¿Qué me querrá decir? pensó estremeciéndose el digno diplomático.

—Adios, Arturo, dijo á este con desenvoltura una de las hijas del general C...; crea usted que si yo fuese varon, habia de disputarle el triunfo.

—¿Disputarme el triunfo?

La jóven, como antes la baronesa, se alejó riendo maliciosamente, y Sir Arthur comenzó á aturdirse.

Retiráronse las señoras; los vecinos de las cercanías y los que subian de la poblacion, se fueron marchando tambien uno tras otro, y quedamos en el *parlour* tres huéspedes del hotel y Sir Arthur, que tambien lo era.

Se pidió el *thé*, se encendieron sendos habanos y se reanudó el ataque.

—¿En qué piensa usted? pregunta el jóven C... á Sir Arthur, que habia quedado meditabundo.

—Parece que le ha impresionado con fuerza la toledana, aventuré yo.

—Confesemos, dijo el reverendo Th..., que la chica lo merece.

—Si está educada por su tia la baronesa, respondo de las exceiencias del partido que se ha presentado á nuestro amigo Arturo.

—Señores, murmuró este al fin, con cara de congoja, yo no entiendo muy bien el español, pero juraría que ustedes me atribuyen unos propósitos inverosímiles...

—¿Cómo inverosímiles? Pues hay nada mas natural? interrumpió el animado reverendo.

—Usted no ama á nadie, y es por lo tanto, dueño absoluto de su corazon, añadió C...

—Permitame usted que le diga, repuse yo, que un inglés no vá tan lejos como ha ido usted esta noche, si no está perfectamente decidido.

—Vamos, confiese usted que eso es cosa arreglada.

—Yo no sé...

—Nada, nada; su reserva y su discrecion no pueden ocultar lo que salta á la vista.

—Esa señorita... es muy bella... pero...

—Gracias á Dios! Ya declara.

—No! yo... quisiera espresarme. yo estoy muy contrariado...

—¿Cómo, se muestra tirana?

—Eso es táctica.

—Ya la amansaremos entre todos.

—Pues no faltaba mas! Un hombre como Sir Arturo.

—Es preciso que mañana quede eso arreglado. Hasta mañana, querido amigo, y no hay que desesperar. Nosotros salimos garantes del éxito.

—Hasta mañana!

—Hasta mañana!

Sir Arthur no contestó una palabra. Estaba abrumado

IV

Cuando yo quedé solo en mi cuarto, despues de haber despedido al reverendo Th... y al jóven C... que vinieron á estudiar conmigo el plan de ataque para el dia siguiente, me esperaba una sorpresa.

Pasé de la sala de recibo á la alcoba, separadas por un tabique de madera vestido de papel por ambos lados, y comunicadas por una pequeña puerta, cuya hoja cerraba con pestillo. Contra ese tabique de madera descansaba el cabecero de la cama, así es que al acostarme tuve que mirar al otro tabique vecino de la alcoba, observando que era tambien de madera tapizada con papeles estampados.

Fuertemente intrigado por el asunto de Sir Arthur, dejé de leer á los pocos minutos de empezar, y apagué la luz, confiando en que la situacion del jóven diplomático acreditado en Madrid por el gobierno de *Her gracious majesty*, no me interesaria hasta el extremo de quitarme el sueño.

Pero mi idiosincracia es propicia al remordimiento, y este gusanillo de la conciencia empezó á argumentarme de una manera inquietante.

Sumido en mis cavilaciones, no pude conocer las palabras que murmuró una voz cerca de mí. Presté aten-

cion y otra voz respondió á la primera. Me incorporé y agucé el oído.

—La causa de nuestro desvelo es la misma: con la diferencia de que tú sientes y yo calculo.

—Pero tía, ¿cree usted seriamente en que eso podrá realizarse?

—Estoy segura.

No había duda: un tabique de madera me separaba de la baronesa y de su sobrina.

Sin saber por qué, me estremecí y pensé rápidamente en varias cosas.

Oh! dioses enemigos de la indiscrecion, perdonad á este curioso, pero tened en cuenta que hay muchos motivos para que un hombre pegue su oído y sus ojos á ese débil muro de tablas!

—Ese jóven no me ama

—Tú tienes medios sobrados para hacerte amar de un inglés.

—¿Y si amase á otra?

—No hay tal cosa; pero si así fuese, la venceríamos. ¡La una y media! Esta noche no se vá á acabar nunca?

—Duerma usted, tía.

—No puedo, hija. Tu porvenir me desvela

—Quiere usted que le lea un poco?

—Para lecturas estoy yo!

Cualquiera que no conociese los móviles *espasmódicos* que impulsaban á la baronesa á buscar un recurso contra la calma de sus nervios, hubiera creído al oír la dialogar con su sobrina, que adoraba á esta como á una hija.

Eulalia dejaba hacer y hablar, sin creer gran cosa en las protestas de su tía, á quien amaba sinceramente, movida mas por la gratitud que por la admiracion.

Callaron las voces, y en el silencio de la noche, solo interrumpido por el agua corriente de las alamedas y á intervalos por la campana de la Vela, se oía el gemir de las camas de hierro que ocupaban aquellas mugeres agitadas por el insomnio.

Yo me volví á mi lecho, y esta vez no tardé en dormirme, viendo entre sueños, allá por el fondo de las galerías del palacio árabe, un hombre rubio y una muger morena, vestidos caprichosamente, con los brazos y las manos enlazadas, y que marchaban muy despacio, prodigándose caricias....

V

Cuando me levanté á la mañana siguiente, eran las diez. Apresuré, pues, el baño y la *toilette* y bajé al jardín del hotel. Ya estaban allí almorzando la baronesa y su sobrina, y en una mesa inmediata, las de C... con su hermano.

—Buenos dias, baronesa, ¿han dormido ustedes bien? pregunté maliciosamente.

—No sabe usted de Sir Arturo? fué su contestacion.

—No, me levanto ahora mismo.

—Pues le creíamos con usted. Es particular!...

—No ha visto á Sir Arturo? preguntó al mismo tiempo una de las de C....

—No.

—Es extraño!

—Diablo, pensé, si me buscará ese hombre ofendido por lo de anoche?—¿Pero es que se ha perdido nuestro inglés? pregunté á las señoras.

—Eso parece. Figúrese usted que Sir Arturo nos espera todas las mañanas para acompañarnos á dar un paseo, y luego almuerza con nosotros.

—¿Y hoy es el primer dia que falta á su costumbre? pregunté mas tranquilo por mí y mas inquieto por Eulalia.

Esta se mostraba muy preocupada, y cuando contestaron afirmativamente á mi pregunta, se puso mas encendida que una rosa de Pascua.

—Pues es verdaderamente extraño, repetí á mi vez, mirando á la jóven para hacer galante la frase.

Ella lo comprendió, y se turbó mas aun.

—Puede ser, exclamó procurando sonreír, que se haya marchado sin tiempo para despedirse.

—Sir Arturo no ha podido marcharse, dijo el criado que servia la mesa, porque salió de casa á las cinco de la mañana, y el tren parte á las cuatro.

—Pero no dijo nada al salir?

—Nada.

—Báh! señores, nos preocupamos por tan poca cosa! Sir Arturo habrá bajado á la ciudad y se habrá entretenido en comprar algo.

—O se habrá extraviado en las calles.

—Estará visitando la Cartuja.

En este momento entró aceleradamente el reverendo Th..., y antes de dar tiempo á que le preguntaran una palabra, y sin dirigir ningun saludo, exclamó:

—Baronesa, escuche usted!

La agitacion del reverendo hizo levantarse á la baronesa como impulsada por un resorte.

Apartados algunos pasos, el reverendo dijo unas palabras en inglés. La baronesa fijó los ojos, desmesuradamente abiertos, en su interlocutor. Luego serenó su rostro, y volvió á sentarse diciendo:

—¡Imbécil! Debió casarse primero y ahorcarse despues.

RAOUL.

CARTAS DE UN LOCO

Mi querido *Raoul*:

Tienes muchísima razon.

Cuando te escribí mi primera carta, tenia *la mona triste*; es decir, que aun cuando no estaba borracho precisamente, me hallaba bajo la influencia de un *acceso*.

Hoy, por el contrario, estoy mas alegre que unas pascuas y con ganas de soltar un par por *tò lo arto*.

Con que vamos, salero, tóquesosté ahí con gracia, y vaya una serrana con circunstancia.

Subí á la sala del crimen

y le dije al Presidente:

—si el querer tiene delito,
que me sentencien á muerte.

—Ole, ole! tu cuerpo!

—Venga una caña.

—Vaya ahora por la del señó Busiqui.

—Aire, aire!

Porque me veo preso y pobre

hasta el hablar me has negao!

Anda con Dios, serranilla,

que el mundo no se ha acabao.

—Oleee!....

—Señó Busiqui; canto mas que usté, y mato mas toros que usté, y me bailo mejó que usté, y me tomo con usté un ferrre-carri, ya mismo.

—Vaya, no seasté mas esaborio.

—Bendita sea tu boca que es una claveyinita discipliná, salero!

—Parmas, parmas!

★

Se me ocurre una duda.

Deberé escribir *moviliario* ó *mobiliario*?

Se deriva de mueble esa voz?

Y mueble, no viene de movil?

Ningun diccionario ha podido desvanecerla, y cuenta que he consultado el de la Academia.

Hombre querrás creerlo?

Aun no he podido olvidar, ni creo que lo olvidaré en buen tiempo, el concierto de los niños en el Liceo.

Y no te se figure que lo que está mas presente en mi imaginacion es la agilidad y serena maestria de la pianista Pilar Fernandez; ni los dulces acordes que Alonsito arrancaba de su violin, á la par que los aplausos de la concurrencia; ni los magistrales recitados de Oliver; nada de eso.

Lo que no puedo olvidar, es un pié: ó mas bien dicho, un zapato.

Ay! que zapato!

Vaya un zapato!!

Valiente zapato!!!

Figúrate una distinguida señorita, de las mas distinguidas, peinada y bella como una estatua de Praxiteles; con todas las tintas del carmin y la nacar brillando en su terso cutis; con la boca fresca y sonriente, como los prados de Andalucía en el albor de una mañana de primavera; emitiendo sonidos comparables á los del ruiseñor y adornado su albo y mórvido cuello con una rica gargantilla de gruesas perlas, por todo adorno.

Figúrate tambien los ondulantes y graciosos pliegues que el vestido haria al resbalar el gró, ciñéndose á la esbelta forma.

Y figúrate, por último, apareciendo y velado á medias por las últimas ondulaciones de la falda, un incorregible, un intachable pié, aprisionado en estrecha y suave cárcel de raso negro.

Y como por el hilo se saca el ovillo, aun viéndolo no mas, y velado el todo de aquella parte, hubieras adivinado fácilmente á quien pertenecía; cuyo era, como diria un gramático; no por la especialidad de su belleza ni de su pequeñez, que en esta tierra de María Santísima, abundan á Dios gracias, y mucho, los pies bellos y diminutos, sinó por la elegancia de su único adorno; por el *cachet* de buen tono que le distinguia; por el monograma de plata que le servia de hebilla:

E. C.

Qué significaban esas letras entrelazadas?

Eran un aviso á los jóvenes galantes que rodeaban á su dueña?

Quizas contestaban á alguno: «Estoy Comprometida».

Ó respondian á un indiscreto: «Es Capricho».

Ó advertian á los osados: «Espera Calabazas».

Lo único que te sabré decir, querido *Raoul*, es que aquel zapato producía el mismo efecto que pasar por encima del puente de los once ojos.

El vértigo!

Como que yo para serenarme, tuve que cerrar los mios y permanecer en esa actitud un buen rato.

No quiero terminar esta carta sin referirte una anécdota que me hizo *reventar* de risa días pasados.

Me hallaba de visita en casa de P... y entre otras cosas y con motivo de la reciente profanacion de la

iglesia de San Juan, se recordaban por todos los tristes sucesos que Málaga presenció en los últimos días del 68, y la clase de *excesos* que los *libres* cometieron en la Catedral y el palacio del Obispo.

La chiquitina de P... que entraba y salía con frecuencia en el gabinete donde nos hallábamos, habia oido la conversacion, y no la olvidó ciertamente.

Hacia ya un rato que habia salido y nosotros hablabamos de otra cosa, cuando hete aquí que aparece de nuevo la primorosa chiquilla, muy azorada, y con evidentes señales de querer llorar.

—Qué tienes, hija mia? le interrogó su padre; qué te ha pasado?

—Que el pícaro carnero, contestó muy compungida es un nacional.

—Pues que ha hecho? le preguntó su madre sonriendo, mientras nosotros nos apretábamos los hijares para no fenecer de risa.

—Que ha derribado mi cruz de Mayo, respondió sollozando la preciosa criatura, y ha hecho *eso* encima de mis juguetes!

Y rompió á llorar como una Magdalena.

Tuyo hasta la semana que viene,

REMO.

LA NOVILLADA

—¡Olé! viva mi tierra!

Tal fué la primera exclamacion que lancé al entrar el Domingo en nuestra hermosa plaza de toros, y ver el aspecto que presentaban los palcos, gradas y tendidos, pues todas las localidades tuvieron que ser habilitadas para dar cabida á la numerosa concurrencia.

Figuraos, mis queridas lectoras, que no hayais asistido á la corrida, una concurrencia de diez mil mugeres, todas animadas, todas sonrientes, todas alegres, y en su mayor parte, jóvenes y guapas: ataviadas con vistosos trages de vivos colores, y luego... luego ponedlas esas blancas dentaduras, puramente malagueñas, y tendreis el conjunto. En cuanto al detalle sería el cuento de nunca acabar; porque habia muchos y muy dignos de atencion: así, que me limitaré á unos pocos.

En primer lugar hablaré de la presidencia; de aquel lindo conjunto de mugeres bellisimas, que tanto realce prestaron á la fiesta.

En medio de una elegante canastilla de flores, bajo la cual se ostentaban los atributos del toreo, sosteniendo una bonita cabeza de toro, muerto por *Frasuelo* en esta plaza, y que hizo raya en su corrida, tomó asiento la presidencia, destacándose aquellos bellos rostros como un ramo de preciadas magnolias, sobre el verde follage que adornaba el palco. Ocupó el centro la distinguida señora doña Victoria Duarte de Heredia, teniendo á su derecha y por el orden que las nombro á las elegantes señoritas doña Josefa Ugarte-Barrientos, doña Josefa Huelin y doña Julia Heredia; y á la izquierda las señoritas doña Dolores Ruiz, doña Clara Alvarez de Linera, y doña Trinidad Heredia Grund, todas las cuales

vestían preciosos trajes de maja, con vistosas mantillas de terciopelo y morillas.

En los palcos y tendidos se veía también gran número de trajes de igual índole, destacándose la señora Huelin de Sans, señorita de Moreno Castañeda, señoritas de Utrera, señora de Pau, señorita de Medina, señora de Garrido, y otras muchas que me sería imposible recordar.

El resto de la concurrencia, en la sombra, vestía elegantes trajes de paseo; y en el sol, el clásico percal y el pañuelo de crespón, formando un vivo y vistoso mosaico de animados y brillantes colores.

Un detalle que no quiero pasar en silencio: en toda la plaza no encontré un pie feo ni mal calzado; verdad que estamos en Málaga...

Antes de hablaros de la corrida, mi queridos lectores, he de ocuparme de sus preliminares.

Apenas se supo en esta ciudad la horrible desgracia del Cantábrico se pensó en acudir al socorro de aquellas desventuradas familias que quedaban en el desamparo y la horfandad.

Reunidas en el salón de sesiones del Liceo unas cuantas personas, en las que dominaba el mismo espíritu de caridad, propuso mi amigo Pepe Capilla celebrar una corrida de toretes, para lo cual contaba con ganado bueno y barato, y otra multitud de facilidades que no estaban al alcance de todos.

Aceptado el pensamiento unánimemente se procedió a nombrar una comisión organizadora, de la cual fué elegido presidente mi amigo Manuel Orozco y secretario el más activo é indispensable de todos los jóvenes allí presentes, Joaquín Díaz Escobar.

Todo se presentaba á medida del deseo, y se procedió con la mayor actividad á organizarlo todo, empezando por escribir á Madrid y Sevilla para la contrata de los toreros, lo cual ofrecía serias dificultades, que al fin fueron vencidas, no sin grandes esfuerzos y paciencia suma.

Cuando todo estuvo arreglado, conseguida la plaza gratuitamente, lo cual no fué poco conseguir, se fijó el día 2 para la corrida, y el jueves último salía para Córdoba en un coche salón, facilitado gallantemente por la sociedad empresaria del ferrocarril, la comisión designada para recibir en aquella ciudad á los distinguidos aficionados que nos favorecían con su presencia, llegando á Málaga el viernes en la noche, y siendo recibidos en el andén con música, cohetes, luces de Bengala, y una apiñada concurrencia de socios del Liceo, que se apresuraban á saludar á los que en breve iban á ser los héroes de la fiesta; y todos juntos, forasteros y malacitanos, se dirigieron al Hotel Victoria, donde los primeros tenían preparado su hospedaje, y donde fueron obsequiados con un espléndido banquete, mientras la banda de música tocaba en la puerta de la fonda trozos populares.

Pero volvamos á la corrida, y perdónese esta digresión.

Dieron las cuatro, y á una señal de la presidenta salió la sección de caballería del regimiento de lanceros de Villaviciosa, encargada de hacer el despejo, verificándolo con esa precisión y acierto que distingue al soldado español, especialmente la figura formando 6—número del escuadrón—que se hizo dos

veces en medio de los aplausos de la concurrencia.

Abrióse en dos alas la caballería, y salió la cuadrilla, marchando á su frente los *diestros* Manuel Grande y Pedro Alvarez, y de puntillero el conde de Benazuza. La polea de las mulas para el arrastre era llevada por Mr. Carton, secretario de la Legación Belga en Madrid.

Toda la cuadrilla vestía airoosamente el traje andaluz, luciendo ricos capotes de paseo.

Después del reglamentario saludo, y cambiados los capotes de paseo por los de *faena*, salió al anillo á pedir la llave mi amigo Manuel Utrera, montando un soberbio potro negro, de pura raza andaluza, gran alzada y piel brillante y suave como la seda, enjaezado á la jerezana, y con ronzal trenzado de crin como se usaba en los verdaderos tiempos de tentar y herrar becerros, derribar vacas, y otras diversiones no menos arriesgadas que divertidas. Recogida la llave y entregada al mozo de chiqueros, atravesó Manolo la plaza nuevamente en medio de una nutrida salva de aplausos, cambiando con gran facilidad el noble bruto y levantándolo después de la manera mas airosa y elegante, entrando á escape por la puerta de caballos.

Puesto cada uno en su sitio correspondiente, sonaron de nuevo los clarines, y apareció el primer becerro, luciendo una elegante y costosa moña, regalo, como todas las demás, de las señoritas que componían la presidencia, y cuyo pormenor es el siguiente:

1.º becerro—*Leon*—moña de la señorita de Barrientos, azul y blanco.

2.º becerro—*Pachon*—moña de la señorita de Linera, azul y negro.

3.º becerro—*Lagarto*—moña de la señorita de Heredia (Trinidad), rojo y negro.

4.º becerro—*Herrador*—moña de la señorita de Huelin, celeste y blanco.

5.º becerro—*Confitero*—moña de la señorita de Ruiz, azul y encarnado.

6.º becerro—*Culebro*;—este becerro no llegó á lucir la moña de la señorita de Heredia (Julia), pero tuve ocasión de ver que era roja y amarilla. Todas estas moñas fueron de un gusto exquisito y de un valor no escaso.

Como no es mi ánimo hacer una reseña detallada de la corrida, he de concretarme á decir que todos los *muchachos* compitieron en bravura y serenidad, sin dejarse imponer por las malas condiciones del ganado, que sin escepcion, salió con sentido, ganando el terreno, y arrancando sobre seguro, por lo cual hubo mas de un revolcón y algun volteo, que afortunadamente no tuvieron consecuencias desagradables.

Para aquellos de nuestros suscritores de fuera y para los que no hayan visto la corrida, vamos á dar un detalle del poder de los novillos: estos mataron cinco caballos, y solo el quinto mató tres. Me parece que esta es la mejor prueba del valor y serenidad que pudieron demostrar los aficionados, poniéndose delante de ellos,

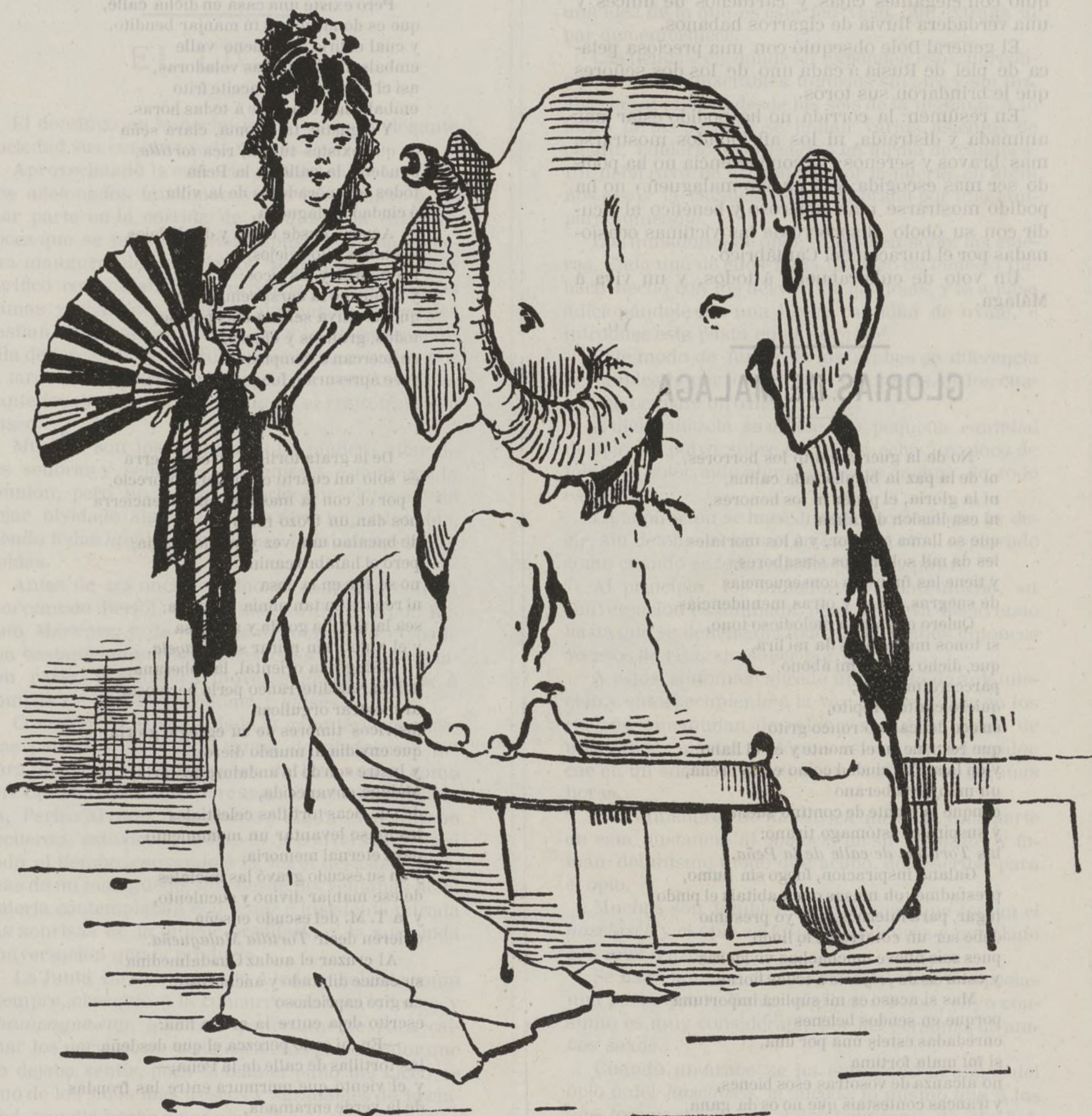
Los espadas Manuel Grande y Perico Alvarez, brindaron su primer toro á la presidencia, como es de ordenanza, y el segundo al general D. José Dole, que se hallaba también en el palco presidencial.

DECEPCIONES



— ¡Ingratos!... Por qué no sabré yo escribir como *Ofelia*?

EN EL CIRCO ECUESTRE



—Brrrr....

—Siga V. hablándome.—(Quiero exasperar á Anatolio.)

La señora de Heredia estuvo verdaderamente espléndida, regalando á cada uno de los espadas, así como al diestro Manuel Fuentes, *Bocanegra*, que dirigía la corrida, á don Manuel Utrera y al capitán jefe de la sección de lanceros, que mandó el despejo, costosos alfileres de corbata y anillos, de un gusto esquisito, y á los demás aficionados los obsequió con elegantes cajas y cartuchos de dulces y una verdadera lluvia de cigarros habanos.

El general Dole obsequió con una preciosa petaca de piel de Rusia á cada uno de los dos señores que le brindaron sus toros.

En resumen: la corrida no ha podido estar mas animada y distraída, ni los aficionados mostrarse mas bravos y serenos: la concurrencia no ha podido ser mas escogida; y el pueblo malagueño, no ha podido mostrarse mas generoso y benéfico al acudir con su óbolo al socorro de las víctimas ocasionadas por el huracán del Cantábrico.

Un voto de enhorabuena á todos, y un viva á Málaga.

Yo.

GLORIAS DE MALAGA

No de la guerra canto los horrores,
ni de la paz la bienhadada calma,
ni la gloria, el poder ni los honores,
ni esa ilusión del alma
que se llama el amor, y á los mortales
les da mil soberanos sinsabores,
y tiene las funestas consecuencias
de suegras, riñas y otras menudencias.

Quiero cantar en melodioso tono,
si tonos melodiosos da mi lira,
que, dicho sea en mi abono,
parecerá mentira;
quiero cantar, repito,
en eco delicado ó ronco grito
que resuene en el monte y en el llano,
y en la altiva ciudad como en la breña,
un manjar soberano
conque la mente de continuo sueña
y suspira el estómago tirano:
las *Tortillas de calle de la Peña*.

Galana inspiración, fuego sin humo,
prestadme ¡oh musas que habitais el pindo
lugar, para internos, que yo presumo
debe ser un cotarro de lo lindo,
pues sois nueve muchachas vividoras
y estareis de *jolgorio* á todas horas.

Mas si acaso es mi súplica importuna
porque en sendos belenes
enredadas esteis una por una,
si mi mala fortuna
no alcanza de vosotras esos bienes,
y francas contestais que no os da gana,
yo, no por eso, de mi intento cedo,
y salga pez ó rana
cantaré de las mágicas *tortillas*
todas las excelentes maravillas.

Salve rico producto tortillero
de masa frita y bacalao sabroso,
que por poco dinero
brindas grato regalo
lo mismo al hombre sobrio que al goloso:
jamás inventarán, yo te lo digo,

ni el francés cocinero ni el italo
nada que pueda competir contigo.

¿La calle de la Peña qué sería,
si no le dieseis tú fama y renombre?
Triste, sola y desierta se hallaría
y de su oscuro nombre
la crónica local nada digera,
y sin gloria y sin vida pereciera.

Pero existe una casa en dicha calle,
que es donde naces tú manjar bendito,
y cual el lirio del ameno valle
embalsama las brisas voladoras,
así el perfume de tu aceite frito
embalsama esa calle á todas horas.

Y á gustar tal aroma, clara seña
de que existes tú allí, rica *tortilla*,
acuden á la calle de la Peña
todos los moradores de la villa
ó ciudad malagueña.

Acuden desde cerca y desde lejos
los niños y los viejos,
los pobres y los ricos;
y lo mismo la *cursi* remilgada
que la altiva señora encopetada,
todos, grandes y chicos,
se acercan á comprarte
y se apresuran, luego á devorarte.

De la grata *tortilla*, en esta tierra
es solo un cuarto el moderado precio,
y por él, con la masa en que se encierra
nos dan un trozo recio
de bacalao una vez y mil de espina;
pero el hambre canina
no se fija en la cosa
ni repara en tan nimia bagatela;
sea la *tortilla* gorda y aceitosa
y el vulgo, sin mirar se la *tagela*.

Málaga, la oriental, la soberana,
del mar mediterráneo perla hermosa,
al mostrar orgullosa
los ricos timbres de su egregia gloria
que envidia al mundo dieron
y lustre son de la andaluza historia;
Málaga envanecida,
de sus ricas *tortillas* celestiales
les quiso levantar un monumento
para eternal memoria,
y en su escudo gravó las iniciales
de ese manjar divino y succulento,
y la T. M. del escudo enseña
quieren decir *Tortilla Malagueña*.

Al cruzar el audaz Guadalmedina
su cauce dilatado y anchuroso
en giro caprichoso
escrito deja entre la arena fina:

—En mi seno perezca el que desdeña
las *tortillas* de calle de la Peña;—
y el viento que murmura entre las frondas
de la verde enramada,
y la tierna avecilla enamorada,
y el mar que agita sus rugientes ondas,
todos juntos entonan á porfía,
coros llenos de célica armonía,
ensalzando la gloria
de las *tortillas* de feliz memoria.
¡Ay! Permitan los dioses inmortales
que cuando la terrible Parca fiera
me lleve á los umbrales
de la mansion donde absoluta impera,

en esa hora postrera
 en vez de propinarme rudamente
 fiebres negras, azules ó amarillas
 me depare afecciones mas sencillas,
 haciéndome morir incontinente
 de un atracon de mágicas tortillas

J. ANCOS.

EL LICEO

El domingo en la noche inauguró esta elegante Sociedad sus conciertos de verano.

Aprovechando la estancia en Málaga de los jóvenes aficionados taurómacos que han venido á tomar parte en la corrida de novillos y la calurosa época que se nos presenta, dispuso la Junta Directiva inaugurar los conciertos semanales, y así se verificó con notable concurrencia de distinguidas damas y elegantes jóvenes, algunas de las cuales vestían aun el airoso traje corto y la elegante mantilla de terciopelo y morillas, que habían lucido por la tarde en la plaza de toros. Otras vestían la elegante *toilette* llamada de *casino*, y el resto trajes de paseo.

Muchos son los nombres que pudiera citar de las señoras y señoritas asistentes á esta animada reunion, pero no he de hacerlo por el temor de dejar olvidado alguno, lo que sería imperdonable, siendo todas igualmente bellas é igualmente distinguidas.

Antes de las once terminó el concierto con un *morceau* de Beriot, tocado magistralmente por Regino Martinez, y de seguida dió comienzo el baile con bastante animacion, pues todas las *ellas* tomaron parte, viéndoselas moverse graciosamente á compás de polkas, rigodones y valsés.

Como era de esperar, dada la galantería de nuestras paisanas, la mayor suma de atenciones fué para los forasteros, algunos de los cuales, como Mr. Carton de Famille-Hereusse, Conde de Benazuzza, Perico Alvarez, Manchado y algun otro que no recuerdo, estuvieron bailando y conversando casi todo el tiempo, causando á la vez el desasosiego de mas de un malagueño, que desde las ventanas de la galería contemplaban con tenaz é insistente mirada las sonrisas de la muger predilecta y la sostenida conversacion que la producía.

La Junta Directiva, atenta á todo y galante como siempre, obsequió á la concurrencia con helados y *champagne-cup*, que vino perfectamente para calmar los nervios, un tanto escitados por el calor que se dejaba sentir, pues si bien el patio del Liceo es uno de los sitios mas frescos y agradables de la ciudad, aquella noche y por una série de circunstancias especiales, que no son de este lugar, habia cierta elevacion en la temperatura, que influía poderosamente en el sistema nervioso del individuo. Aquel atemperante, vino, pues, perfectamente y con gran oportunidad por lo que son mas espresivas nuestras gracias á la Junta Directiva que preside mi distinguido amigo D. Manuel Orozco.

RALPH.

EL OPIO Y EL HASCHISCH

En mi segundo viage á Oriente, visité el Egipto y la Siria, que es donde mas abundan los fumadores de opio y *haschisch*, tomando algunos apuntes, que voy á copiar para que mis lectores puedan formar una idea de lo que es este feo vicio, que extraga al par que embrutece.

Las tiendas en donde se expenden esos narcóticos son unos miserables tugurios sin aire y sin luz, abiertas al público desde las seis de la mañana. A lo largo de las paredes se hallan varios asientos de piedra, cubiertos con estereras en forma de canapés. Un débil rayo de luz penetra por la puerta: en algunos casos la estancia está alumbrada por una lámpara humeante.

Los fumadores de opio, se tienden sobre las estereras. Cada uno de ellos toma un poco de *tombeki* (tabaco hecho con los nervios de las hojas, y lo amasa adicionándole con una ligera cantidad de uvate, é introduce esta pasta en el *narghilé*.

Este modo de fumar de los árabes se diferencia del empleado por los chinos y japoneses, de los cuales me ocuparé otro dia.

A dicha mezcla se añade una pequeña cantidad de opio en polvo sobre el cual se echa un poco de *tombeki*, colocando algunas ascuas encima de todo esto.

La aspiracion se hace directa al estómago, es decir, sin detener el humo en la boca, sino aspirando como cuando se toma aliento para suspirar.

Al principio, los fumadores hablan mucho, su conversacion es animada; pero luego va decayendo hasta que se detiene del todo; acométenles entonces accesos de risa, sin saber por qué.

A estos síntomas sucede un estado de aniquilacion y entorpecimiento á la vez, que se refleja en los rostros, que mudan de color y se cubren luego de una palidez mortal. Entónces es cuando el fumador cae en un sueño profundo, que suele durar algunas horas.

Los fumadores de *haschisch* mezclan una parte de esta sustancia al *tombeki* de su *narghilé*, y fuman del mismo modo que acabo de describir para el opio.

Muchas son tambien las personas que toman el *haschisch* y el opio en forma de píldoras y mezclado con miel ó azúcar.

Se hace tambien con *haschisch*, miel y especias una pasta que se llama *maagun* ó *barsh*, cuyo consumo es muy considerable por las personas de ambos sexos.

Cuando un árabe se ha entregado al abuso del ópio ó del *haschisch*, le sucede lo mismo que á los que toman arsénico y á los bebedores de alcohol; les es sumamente difícil romper con la costumbre; la proximidad de una expendeduría de ópio le pone en un estado de sobrecitacion inexplicable y ejerce en él una atraccion á la cual no puede resistir.

Cuando el hábito es ya antiguo, las facultades morales y físicas se debilitan y los fumadores no retrocederían ante el crimen con tal de hallar el medio de satisfacer su funesta pasion.

Al principio los fumadores no toman mas que la

LOS OSOS



—Vamos, dejad al oso y venios conmigo...

—Andusté, eso sería desnudar un santo pa vestir á otro.

cantidad suficiente para sumirse en un estado de soñolencia y de insensibilidad á las impresiones exteriores, produciéndoles un sentimiento de bienestar que exalta su imaginación; pero la dosis indispensable para producir esos efectos va aumentándose necesariamente poco á poco, llegando un día á ser muy considerable.

Los comedores de ópio se distinguen ordinariamente de los fumadores por un gran abatimiento en su persona, por su rostro amarillento y livido, por su inapetencia y por el temblor de sus miembros.

La inteligencia desaparece tambien en esta ruina general del organismo. La memoria y el juicio se pierden igualmente; la indiferencia para con las impresiones exteriores, es cada vez más completa, acabando por caer el enfermo en un estado de idiotismo.

Los consumidores de ópio, despues de un tiem-

po mas ó menos largo, caen en un marasmo general que solo termina con la muerte.

Los efectos narcóticos del *haschisch* son mucho menos funestos que los del ópio. El fumador ó masador de esta planta se halla á menudo trasportado en sueños á un mundo encantado y su cuerpo se encuentra en un estado de bienestar indecible, sin que su organismo resulte tan afectado como con el ópio.

Los síntomas de la narcotizacion por el *haschisch* difieren segun la constitucion del individuo. En unos, cinco ó seis aspiraciones bastan para ocasionar una sobrescitacion nerviosa y un temblor en los miembros que dura hasta que llega el sueño, mientras que otros gozan de la tranquilidad mas perfecta.

Los árabes, en caso de enfermedad dolorosa é incurable, accidentes ó desgracias de toda especie, recurren muy á menudo al *haschisch*, en humo ó

en dulce, para procurarse, con el olvido momentáneo de sus penas, una insensibilidad dichosa. El consumidor de *haschisch* no tiene la apariencia miserable y raquítica del consumidor de ópio.

Muchos son los que han usado el primero de estos narcóticos durante treinta años y más, y alcanzan, sin embargo, la edad de sesenta á setenta años. Pero es evidente que el abuso continuo del *haschisch* acaba por ejercer una influencia perniciosa sobre el organismo.

SABROSO.

CON PIES Y SIN CABEZA

Ví al recogerte la falda
inverosímil tu pié;
mas breve que la ventura
y que la existencia es:
Su punta, cual de saeta
penetró en mi pecho fiel,
y mi antes libre albedrío
en ella lo encadené;
que consecuencias muy grandes
á veces suelen tener
cosas que poco parecen
por su misma pequeñez.
Aunque nada quiero á medias
en las tuyas me fijé;
¡oh, cuantos contribuyentes
tu liga podrá tener!

Poco á poco mis ideas,
de tus plantas escabel,
fueron subiendo, subiendo
hasta que al cabo pequé.
No recuerdo qué te dije;
tú á todo dijiste: amen;
y para muchas ternezas
al cabo me diste pié.
Me hablabas de disimulo,
me fingias esquivéz,
y estrecho cual tu zapato
en breve aquel trato fué.
Mas al fin los corazones
que se finjen un eden
(me repugna el asonante)
se suelen *encallecer*.
Si me juraste mil cosas
y mil cosas te juré,
se borraron como huellas
de un hada cual tú, mujer.

—¡Ay! recuerdo cuando pasas
junto á mí con altivez,
que se me fueron los ojos
y se te fueron los pies.

— Ya sabe del que cojea
la niña pronta en querer,
el pollo desencantado,
que protagonista fué
de la aventura que cuenta
este curioso papel.
Lectora, si no son grandes
me pongo á los pies de usted.

Un viejo.

MEZCOLANZA

Histórico.

Examinador.—Dígame Vd., jóvenes, ¿quienes no pueden testar.

Examinando.—Los animales...

Examinador.—Entonces Vd. no podrá testar.

Examinando.—No, señor; ni Vd. tampoco.

La muger olvida, pero no perdona; el hombre perdona, pero no olvida.

A Dios se lo pido
y á tí te lo encargo,
cuando me muera,
con la trenza de tu pelo negro
me ates las manos.

PASATIEMPO

CHARADA.

Juro que *dos* con *primera*,
en un hospital abunda.
Siempre *prima* yo quisiera
tratándose de *tercera*;
la que, unida á la *segunda*,
si lo está alguna muger,
indica cierta afección
que grave no puede ser.
El Todo se suele ver
en mas de una embarcación.

Solución á la charada inserta en el número anterior.

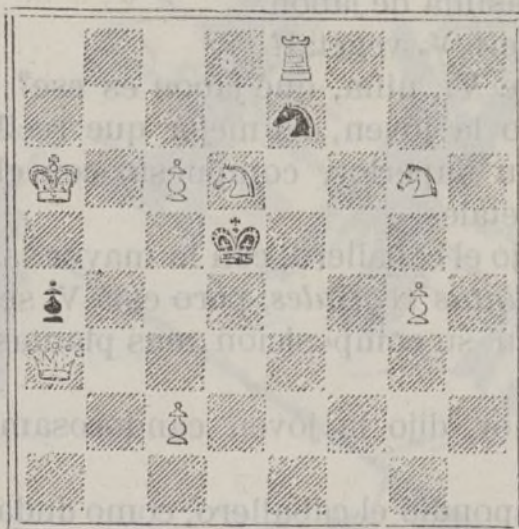
CAMISA.

AJEDRÉZ

Problema número 1.

Por A.

NEGRAS.



BLANCAS.

Las blancas dan mate en dos jugadas.

UN PUÑADO DE CARTAS

NOVELA IMITADA DEL FRANCÉS

POR MIMO

DEDICADA Á LA SRA. VIUDA DE M.***

(Continuacion)

La venida del mes de Mayo despertaba á la naturaleza, y los árboles que engalanan los paseos, estaban hermosísimos, llenos de frondosidad. Volvía nuestro jóven del Prado, y subía por la calle de Alcalá hácia la Puerta del Sol, y si su espíritu hubiese estado menos abstraído, hubiera podido admirar la belleza de los edificios y el atractivo de las madrileñas.

Caminaba lentamente entre la multitud y al volver del lado del café Imperial, en la misma esquina de la Puerta del Sol, una señora que pasaba, le tocó por casualidad con su quitasol. Volvió la cabeza el jóven y vió un cuerpo bien formado, un talle esbelto, y por entre los pliegues de la recogida falda, un pié que se sentaba y se levantaba con tanta gracia como elegancia, y tan primorosamente calzado, *que daba ganas de cogerlo entre los dedos.*

La dama iba sencilla, pero perfectamente vestida, y se notaba en toda su persona un aire de distincion tal, que á primera vista cautivaba las voluntades.

Apresurando su marcha, pudo el paseante ver dos ojos negros como el azabache, y una boca cuya sonrisa dejaba asomar dos hileras de perlas, que no dientes eran, y que contrastaban con el color de un cabello tan negro como el ébano.

Pero las penas del paseante eran mayores que la impresion que causó en él esta inspeccion, y volvió á absorberse en sus meditaciones, sin reparar siquiera el camino que tomó la dama.

Habria andado unos cien pasos cuando se detuvo distraído á la entrada de la calle del Arenal, ante el establecimiento de perfumería francesa de Pascual, y, ¡cosa rara! allí estaba la señora, que regateaba un objeto.

Entró el jóven en la tienda, y se puso en el otro extremo del mostrador, á donde vino una muchacha, muy vestida y linda.

—Qué desea V., caballero?

—Una pastilla de jabon.

—Lo quiere V. vegetal?

—Dígame V., niña, qué jabon es ese?

—Es, dijo la jóven, del mejor que recibimos de París. Jabon superior, compuesto con el jugo de plantas vegetales.

—Ah! dijo el caballero, con la mayor sangre fria; *jabon de plantas vegetales*; pero está V. segura que no entran en su composicion mas plantas que las vegetales?

—Sí, señor, dijo la jóven candorosamente, lea V. el rótulo.

—Es, respondió el caballero, como dudando, que si por casualidad se hubiese introducido en la composicion una planta no vegetal, las consecuencias podrian ser fatales. Pero si está V. segura de que es

tan bueno, lo acepto tal como V. me lo ofrece.

La señora, que habia concluido su compra, oía la conversacion y no pudo menos de sonreirse, al ver la flemma del caballero, y queriendo probar hasta dónde llegaría aquella discusion, dijo:

—No sé por qué haya quien diga que el jabon de plantas vegetales es el mejor; yo lo uso de plantas minerales y me vá muy bien con él.

—Ya tenia yo alguna idea de ello, respondió el caballero, y dirigiéndose á la muchacha le preguntó:

—¿Me podría V. dar jabon mineral?

La muchacha tomó la defensa del jabon vegetal, y entró en tal discusion con el preopinante que movió á risa á la señora; pero de repente esta hizo una inclinacion de cabeza, y se dirigió á la puerta.

—Disimule V. si la incomodo, dijo el caballero, cortándole la retirada, pero para que esta jóven se convenza de que el jabon mineral es mejor que el suyo, hágame V. el favor de enseñarle su mano.

La señora se quedó cortada; un color se le iba y otro se le venía, y sin saber cómo salir de aquel apuro, optó por enseñarla.

—Ya lo vé V., dijo el jóven á la muchacha. Mire V. la brillantéz de las uñas, la delicadeza de la forma, la pureza del contorno, la fisonomia, en fin, que se vé en esta mano, y eso se debe al jabon seguramente, y yo creo que por la inspeccion de la mano se puede deducir una porcion de consecuencias sobre el carácter, el talento, y hasta la condicion de una persona.

—Es V. partidario de Cubí? preguntó la señora.

—Sí, señora, y su sistema me parece tan ingenioso que me daría pena si contradigese la verdad.

—Pues, procure V. creer que es verdad, aunque no lo sea.

—Tiene V. razon, pero hoy no tengo que hacer este esfuerzo. La inspeccion de la mano de V. me confirma en la verdad de aquel sistema, y no me he engañado, pues concuerdan perfectamente con las líneas de su rostro, y me aseguran que hay en V. un gran talento, un carácter firme y un juicio recto y sano.

—Vaya si ha visto V. cosas en un momento, dijo la dama, pero mas vale así, y hizo un nuevo saludo para marcharse.

—Una palabra mas, señora, dijo el jóven, solo una palabra. Si me he permitido esta broma ha sido debido á la impresion de bondad que he visto en V. y á sus distinguidos modales. En conciencia somos desconocidos el uno para el otro, ¿pero nos conoceríamos más si un amigo de los dos me hubiese presentado á V., diciéndole mi nombre? Al tomar parte en la sabia discusion de las plantas vegetales, lo ha hecho V. con una sencilléz y una gracia á las que he debido un momento agradable, ¿y habia de dejar perder esta ocasion que se me ofrece para tratar á V., porque soy forastero y tal vez no sepa quien me pueda presentar en su casa?—No!—Permítame V., señora, el honor de visitarla. Soy de Málaga y tengo en Madrid familia, y le aseguro á V. que se me puede recibir en la buena sociedad. Mi deseo no vá mas léjos de un movimiento de simpatía, que nadie puede criticar en lo mas mínimo.

(Continuará.)